

La mujer fragmentada

Susana Soca nació en la Montevideo de 1906 y murió en un accidente de aviación en 1959, próxima al aeropuerto de Río de Janeiro (un vuelo de Lufthansa que había tomado en París y que no llegó a aterrizar en Carrasco).

Sus despojos mortales —o lo que se creyó entender como tal en medio del caos que produjo el accidente— fueron velados varios días después en su casa de la calle Divina Comedia. El entonces joven escritor colonense Omar Moreira fue al entierro esperando ver la flor y nata de la cultura nacional, pero recuerda que sólo unas pocas personas la acompañaban en el Cementerio Central.

Soca murió casi inédita. Pero en los años siguientes su octogenaria madre, Luisa Blanco Acevedo, se encargó de publicar dos libros de poesía que había dejado supuestamente "preparados" y de reunir ensayos sobre distintos autores.

Ahora bien, la gran obra de Susana Soca es "La Licorne", revista que financió sin escatimar costos. Se trató de un órgano literario que surgió en París en 1947 y que contó con la colaboración de Roger Caillois. En esa Francia miserable de la posguerra, la aparición de esta revista, lujosamente impresa, no pasó inadvertida a pesar de sólo haber salido en tres oportunidades. Difundió autores de distinto origen, desde Paul Eluard hasta Jorge Luis Borges (parte de su fama internacional se la debe a su temprana aparición en este medio). Soca resolvió volver a su país tras muchos años en Francia, sociedad con la que estuvo hondamente vinculada (fue incluso llevada expresamente a bautizar a Notre Dame).

En 1953, "La Licorne" (ahora "Entregas de La Licorne") reapareció en Montevideo con la colaboración de Ángel Rama y Guido Castillo.

Mujer reservada y "ojo clínico" para interpretar los meandros de la condición humana, de hábitos cosmopolitas (Real de Azúa recuerda que hablaba francés, inglés, alemán, ruso, italiano, latín y griego), no dejó demasiados testimonios y su recuerdo parecía evanescerse con la desaparición de sus coetáneos. Por 1989 su prima Julia Usher, hoy fallecida, comentaba que no podía realmente decirse que tuviera amigos, y que casi nadie sabía de su vida íntima. Pero en los últimos años han aparecido nuevos testimonios y, por lo visto, también nuevos "amigos".

El número póstumo de la revista, publicado en 1961, contiene testimonios de figuras extranjeras relevantes. Hasta el enigmático Emil Cioran dejó estampada su firma (Abel Posse recuerda además que el día siguiente del accidente aéreo, Cioran "anota lacónicamente la muerte de un personaje inefable que lo marcó por su elegante independencia y sutileza").

Soca no discriminó por ideología a aquellos que apreciaba por su literatura y así rindió tributo a Paul Eluard. Se le atribuyó un interminable vínculo amistoso y/o sentimental con Henri Michaux, a quien conoció en una estancia uruguaya en 1936 y siguió tratando en París.

En los últimos años de su vida se interesó por la obra de Boris Pasternak. Perfeccionó el conocimiento del idioma ruso y viajó más de una vez a Moscú a entrevistarle, según parece, infructuosamente. Ofreció a Pasternak publicar el "Doctor Zhivago" en Montevideo y fue la encargada de la engorrosa tarea de sacar "clandestinamente" el texto de la Unión Soviética.

No siempre fue elogiada por sus congéneres; Emir Rodríguez Monegal supo cuestionar la publicación y Victoria Ocampo intentó denostarla (aunque luego de muerta escribe un panegírico en su revista "Sur"). Pierre Drieu la Rochelle fue más cruel: "...y a esta pequeña uruguaya Susana Soca que con su fealdad degenerada es como la imagen viva de mi enfermedad sexual. Yo no puedo frecuentar un monstruo tal sino porque ya no tengo más erecciones". En Uruguay, en general, sotto voce generaba suspicacias, algunas porque no sabía —o no quería— tomar distancia de ciertos círculos sociales o culturales (ya en 1928 aceptó representar a Juana de Ibarbourou en un homenaje a María Eugenia Vaz Ferreira).

Soca tenía un compromiso serio con la poesía y vivía un tanto al margen de los consensos. Su mirada es en principio de hondo escepticismo, aunque un exacerbado espíritu cristiano, enhebrado con su vocación poética, la devuelve a una intensa fe. "Sólo queda la presencia del juego y el tormento, desde el principio hasta el fin. Pero otros escuchan; alguna vez la música se hace en ellos y como siempre, ésta es la realidad de la poesía", dice en su poemario póstumo "Noche Cerrada".

Más que una escritora (que casi no fue), más que una mecenas, una editora, una mujer de la cultura, Soca emitió señales, a veces un poco inconexas. Tal vez porque obedecía a otros símbolos, como su indescifrable unicornio.

Fernando Loustaunau